

Mas el primer cuidado de Pizarro era Lima, la naciente metrópoli, y con tanto empeño dió calor á las obras y le ayudaron tan bien los muchos operarios de que disponia, que tuvo el gusto de ver como su nueva capital con sus soberbios edificios y lujosos jardines, iba avanzando rápidamente á su conclusion. Causa placér el contemplar las cualidades pacíficas en el carácter de un feroz soldado, y verle ocupado de esta manera en remediar los estragos de la guerra, y en poner los cimientos de un imperio mas civilizado, que el que acababa de echar por tierra. Sus pacíficas ocupaciones formaban contraste con la vida de continua agitacion que hasta allí se habia visto obligado á llevar; y á la verdad parecian mas propias de su edad avanzada, que debia convidarle ya al reposo. Si hemos de dar crédito á sus historiadores, no hubo época de su vida de que mas se gloriase; lo cierto es que la posteridad reconoce en ella el mejor título á su gloria, y en medio del diluvio de males que Pizarro y sus compañeros trajeron sobre la infeliz nacion de los Incas, Lima, la hermosa ciudad de los Reyes, se levanta orgullosa, como su obra mas bella, y la mas preciosa joya de las riberas del Pacífico.

miendas en los Españoles, las que pensaron que se les dava quales fueron por noticias que pocos se hallaron con mucho y ni el savia lo que dava ni nadie al contrario.!! Ondegardo, Rel. lo que rescibia sino á ciento y á Prim., MS.

póbb más ó ménos, y así muchos

## CAPITULO X.

FUGA DEL INCA.—REGRESO DE HERNANDO PIZARRO.—INSURRECCION DE LOS PERUANOS.—SITIO E INCENDIO DEL CUZCO.—APRIETO DE LOS ESPAÑOLES.—ASALTO DE LA FORTALEZA.—DESALIENTO DE PIZARRO.—EL INCA LEVANTA EL SITIO.

1535—1536.

Al mismo tiempo que la partida de su rival Almagro libertaba por entonces á Pizarro de todo temor por este lado, vió atacada su autoridad por quien menos pudiera esperárselo, es decir, por la poblacion indígena del pais. Se habian mostrado hasta allí los Peruanos tan dóciles y sumisos, que sus conquistadores les miraban con un desprecio que no daba lugar á la desconfianza. No habian opuesto resistencia á la usurpacion de aquellos advenedizos: habian visto á uno de sus monarcas muerto, y á otro colocado en el sòlio vacante; sus templos despojados de sus tesoros; su capital y su territorio usurpados y divididos entre los Españoles, y á escepcion de una que otra refriega en los pasos de la sier-

ra, no habian levantado el brazo para defender sus derechos. ¡Y esta era, no obstante, la nacion belicosa que estendió sus conquistas por una parte tan considerable del continente!

Aunque hasta allí no se habia parado Pizarro en los medios con tal de conseguir su fin, no habia permitido esos actos de crueldad inútil, con que tantas veces se mancharon las armas de su nacion en otras partes del continente, y que en el transcurso de pocos años habian casi acabado con la poblacion entera de la Española. La prision de Atahuallpa habia sido un golpe mortal para los Indios, y confiaba en que seria bastante para mantenerles en un saludable terror. Aparentaba ademas cierto respeto á las leyes del pais, y cuidó de remplazar el monarca á quien habia dado muerte, por otro de la dinastia legítima. Mas todo esto solo servia para salvar las apariencias. El reino habia sufrido el mas completo trastorno; sus antiguas leyes ya no existian; su aristocracia celestial se veia rebajada al nivel de los plebeyos; el pueblo era esclavo de los conquistadores. Estos desde la llegada de los soldados de Alvarado, se habian hecho dueños de las casas de la capital, habian convertido los templos en caballerizas, y los palacios reales en cuarteles para las tropas. Ni aun respetaron el sagrado de las casas religiosas. Millares de matronas y de vírgenes, que por erradas que con-

sideremos sus creencias, vivian al menos castamente recogidas en los conventos, fueron arrojadas de ellos y entregadas al desenfreno de una soldadesca brutal. <sup>1</sup> Los oficiales castellanos abusaron de una de las mugeres mas queridas del jóven Inca, y aun este se veia tratado con

<sup>1</sup> Así lo refiere el autor de la *Conquista i Poblacion del Piru*, escritor contemporáneo que describe, tanto lo que vió por sí mismo, como lo que supo por informes de otros. Diversas circunstancias, especialmente la loable indignacion que le causan los excesos de los conquistadores, inducen á suponer que debió ser algun eclesiástico; uno de aquellos hombres benéficos que iban entre estas crueles expediciones, con una mision de caridad y misericordia. Queda la esperanza de que tal vez su credulidad le haria exagerar los crímenes de sus paisanos.

Segun este autor llegaban á seis mil las mugeres de calidad que vivian encerradas en los conventos del Cuzco, servidas cada una por quince ó veinte criadas. La mayor parte de las que sobrevivieron á los estragos de la guerra, sufrieron una suerte mas infeliz viniendo á ser víctimas de la prostitucion.—El pasage es tan notable, y el manuscrito tan raro, que quiero copiarle al pie de la letra.

“De estas señoras del Cuzco es cierto de tener grande senti-

miento el que tuviese alguna humanidad en el pecho, que en tiempo de la prosperidad del Cuzco quando los Españoles entraron en él, havia grand cantidad de señoras que tenian sus casas i sus asientos mui quietas i sosegadas i vivian mui políticamente i como mui buenas mugeres, cada señora acompañada con quince ó veinte mugeres que tenia de servicio en su casa bien traídas y aderezadas, i no salian menos desto i con grand onestidad i gravedad i atavio a su usanza, i es a la cantidad destas señoras principales creo yo que en el . . . que avia mas de seis mil sin las de servicio que creo yo que eran mas de veinte mil mugeres sin las de servicio i mamaconas que eran las que andavan como beatas i dende a dos años casi no se allava en el Cuzco i su tierra sino cada qual i qual porque muchas murieron en la guerra que hubo i las otras vinieron las mas á ser malas mugeres. Señor perdone a quien fue la causa desto i a quien no lo remedia pudiendo.” Conq. Pob. del Piru, MS.

tal desprecio é indiferencia, que no pudo menos de advertir que solo era un pobre pupilo, cuando no un agente de los conquistadores.<sup>2</sup>

El Inca Manco era no obstante hombre de ánimo elevado y de esforzado corazón, y tal que no hubiera desmerecido al entrar en paralelo con el mas valeroso de sus antepasados, en los mejores dias del imperio. Herido en lo mas vivo por las humillaciones que sufría, instaba continuamente á Pizarro para que el devolviese el ejercicio y la pompa del poder. Pero Pizarro eludia una demanda tan incompatible con sus ambiciosos proyectos, y aun con la política de España, y el jóven Inca con su nobleza se vieron obligados á devorar en secreto sus agravios, esperando con paciencia el momento de la venganza.

Las discordias que brotaron por entonces entre los mismos Españoles, parecian ofrecerles la mejor oportunidad de lograrla. Los principales peruanos se reunian con frecuencia para tratar de este asunto, y el gran sacerdote Villac-Umu insistia en la necesidad de levantarse tan luego como saliesen de la ciudad las tropas de Almagro, pues asaltando á los invasores en sus respectivos puestos, desparados como estaban por todo el pais, sería comparativamente fácil el rendirles con mayor

<sup>2</sup> Ibid., ubi supra.

número de gente, y sacudir para siempre su aborrecido yugo, antes que la llegada de nuevos refuerzos le fijase de un modo irrevocable sobre la cerviz de sus conciudadanos. Formóse el plan para un levantamiento general, y para dar principio á su ejecucion escujo el Inca al sacerdote para acompañar á la gente de Almagro en su expedicion, con el fin de conseguir la ayuda de los Indios del campo; debiendo regresar despues ocultamente, como lo hizo, para tomar parte en la insurreccion.

Para llevar á efecto sus planes, era preciso que el Inca Manco saliese de la ciudad y se pudiese á la cabeza de su gente. En cuanto á ausentarse del Cuzco no hubo dificultad, porque los Españoles se cuidaban muy poco de que permaneciese allí ó no; con tanto desprecio así miraban su poder nominal los arrogantes y confiados conquistadores. Pero habia en la capital un cuerpo de Indios amigos que espianaban con mas cuidado sus acciones. Eran de la tribu de los Cañaris, gente belicosa del norte, sometida hacia poco tiempo por los Incas, y por lo mismo nada afecta á estos ni á sus leyes. Se hallaban en la capital cosa de mil de estos Indios, y como ya habian concebido ciertas sospechas de los designios del Inca, no le perdian de vista y apenas notaron su ausencia, dieron aviso á Juan Pizarro.

Salió al punto este capitán en su seguimiento con una partida de caballería, y tuvo la buena suerte de encontrar al fugitivo á corta distancia de la ciudad en un cañaveral donde trató de esconderse. Inmediatamente fué arrestado, vuelto al Cuzco, y encerrado en la fortaleza, custodiado por una fuerte guardia. La conspiración parecía ya deshecha, y no quedó á los desdichados Peruanos otro consuelo que llorar sus muertas esperanzas, y manifestar su sentimiento en tristísimos romances que referían la cautividad de su Inca, y la ruina de su dinastía real.<sup>3</sup>

En tanto que estas cosas pasaban llegó Hernando Pizarro á la Ciudad de los Reyes trayendo consigo las provisiones reales para el aumento de la jurisdicción de su hermano, así como las relativas á la nuevamente concedida á Almagro. Era también portador de los despachos reales en que se hacía merced á Pizarro del título de *Marques de los Atavillos*, nombre de una provincia del Perú. De este modo se halló nivelado el dichoso aventurero con la orgullosa aristocracia de Castilla; pocos individuos de ella podrían gloriarse, (si acaso á gloria lo tenían) de haber llegado hasta esta altura desde

<sup>3</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq. i Pob. del Piru, MS.—Conq., MS.—Herrera, Hist. Ge.—Zárate, Conq. del Perú, lib. 2, neral, dec. 5, lib. 8, cap. 1, 2.— cap. 3.

tan bajo, y aun menos eran los que podrían justificar su elevación presentando mayores servicios hechos á la corona.

El nuevo marques resolvió no enviar por entonces sus títulos al mariscal, aguardando que se empeñase aun mas en la conquista de Chile, y olvidase en cierto modo al Cuzco, apesar de asegurarle su hermano que ahora ya no había duda de que caía dentro de los nuevos límites de su gobernación. Para asegurar mas la posesión de tan importante prenda, envió á su hermano Hernando para que se encargase del gobierno de la capital, por ser de todos sus hermanos el que mas confianza le merecía por su talento y su experiencia en los negocios.

Hernando, apesar de la arrogancia con que trataba á sus propios paisanos, se había mostrado siempre lleno de compasión hacia los indígenas. Tenía tanta amistad con Atahualpa, que afirman que á haberse hallado él entonces en el campo, no habría tenido aquel monarca un fin tan desgraciado. Ahora se mostraba igualmente favorable á su sucesor Manco: hizo que se le abriese el encierro y poco á poco le fué dispensando su confianza. El astuto indio se aprovechó de esta libertad, para madurar sus proyectos de insurrección; pero con tanta cautela que ni el mismo Hernando llegó á concebir la menor sospecha. Faltaría primero en un Ame-

ricano el color peculiar de su piel que la reserva y el sigilo. Manco reveló al conquistador la existencia de varios tesoros, indicándole el lugar en que se hallaban escondidos, y cuando hubo ganado su confianza con esta revelacion, avivó aun mas su codicia dándole noticia de una estátua de oro puro de su padre Huayna Capac, la que el falso Peruano se ofreció á ir á sacar de una cueva de los vecinos Andes donde se hallaba guardada. La codicia cegó á Hernando y le dejó partir.

Hizo que le acompañasen dos Españoles, mas bien para ayudarle á cumplir su promesa que para servirle de custodia. Pasóse una semana y no volvia, ni se tenian noticias de él. Conoció entonces Hernando su error, tanto mas cuanto que los informes desfavorables de los Indios amigos confirmaban sus sospechas. Inmediatamente hizo que saliese su hermano Juan con sesenta caballos en seguimiento del príncipe, con órden espresa de volverle á traer preso á la capital.

Aquel capitan, con sus tropas á punto de guerra, recorrió muy pronto los alrededores del Cuzco, sin hallar rastro del fugitivo. No se veia gente ni se escuchaba rumor alguno, hasta que á las seis leguas de la ciudad, al acercarse á las serranias que limitan el valle de Yucay, se encontró con los dos Españoles que

marcharon en compañía de Manco. Estos le informaron que solo á viva fuerza conseguiria volverse á apoderar de la persona del príncipe, porque toda la gente del campo estaba alzada, y con el Inca á la cabeza se disponian á marchar contra la capital. Apesar de eso no les habian hecho mal alguno, dándoles libertad para que se volviesen á los suyos.

No tardó el capitan español en cerciorarse de la verdad de esta relacion, cuando llegado al rio Yucay, vió formados en la orilla opuesta muchos millares de Indios, mandados por el joven monarca y prontos á disputarle el paso. Diríase que no se consideraban seguros frente al enemigo en ninguna posicion, si no ponian de por medio algun rio, segun su costumbre. Aquel no era sin embargo un obstáculo para detener á los Españoles. El rio, aunque profundo, no era muy ancho, y arrojándose sin vacilar en él con sus caballos, pasaron á nado al lado opuesto, en medio de un diluvio de piedras y de flechas que resonaban como granizo sobre las armaduras, introduciéndose de vez en cuando por alguna abertura ó otro punto vulnerable; aunque estas heridas solo servian para hacer que redoblasen sus esfuerzos. Los bárbaros se retiraron cuando los ginetes salieron á tierra; pero sin darles tiempo de formarse volvieron á la carga con un valor desusado en ellos y les oprimieron por to-

dos lados con su multitud. Trábose una reñida batalla. Muchos Indios iban armados de lanzas con puntas de cobre, casi tan duro como el acero, y otros con pesadas mazas y hachas del mismo metal. Sus armas defensivas eran tambien escelentes bajo muchos aspectos; y se componian de gruesos sayos de algodón acolchado, adargas forradas de pieles de animales, y cascos ricamente adornados de oro y pedreria, si bien habia algunos hechos á semejanza de los que usaban los Mejicanos, en forma de una cabeza de fiera con sus hileras de dientes asomando de un modo horrible sobre la cara del guerrero.<sup>4</sup> Todo el ejército tenia un aspecto de ferocidad marcial, templada por una disciplina militar mas perfecta que la que hasta allí habian advertido los Españoles en el pais.

Incapaz de resistir el pequeño escuadron el ímpetu del ataque, algo se desordenó al principio; pero animados luego con el antiguo grito de "Santiago" formaron en columna los Españoles y cargaron al grueso del enemigo. No pudo es-

<sup>4</sup> "Es gente," dice Oviedo, III. p. 200.) El Padre Velasco "muy belicosa é muy diestra; sus armas son picas, é ondas, porras é Alabardas de Plata é oro é cobre." (Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 17.) Xerez enumera un buen número de armas peenliars de los Peruanos. (Conq. del Peru, ap. Barcia, tom. III. p. 200.) El Padre Velasco ha aumentado considerablemente este catálogo. Segun él usaban espadas de cobre, puñales y otras armas europeas. (Hist. de Quito, tom. I. pp. 178-180.) Mas no se empeña en que conociesen las armas de fuego antes de la conquista.

te á su vez sostener el choque, y tuvo que abrir paso, cayendo pisoteados por los caballos ó atravesados por las lanzas de los ginetes los que quisieron oponerse. Conservaron no obstante algun orden en su fuga, y de cuando en cuando se volvian á disparar sus flechas, ó á descargar terribles golpes con sus mazas y alabardas. Combatian como si supiesen que su Inca tenia fijos en ellos los ojos.

Llegó la tarde antes de que abandonasen enteramente el llano y se retirasen á sus guaridas en los elevados cerros que rodean el hermoso valle de Yucay. Juan Pizarro y su pequeña tropa acamparon en el llano al pie de los cerros. Habia logrado como siempre una victoria contra un número de enemigos infinitamente mayor, pero nunca habia visto un campo tan tenazmente disputado, y su triunfo le habia costado varios hombres y caballos, sin otros muchos que se hallaban heridos, y apenas podian moverse por el mucho trabajo del dia. Contaba no obstante con que la severa leccion que habia dado al enemigo, causándole grande pérdida, bastaria para sofocar todo conato de resistencia; pero se engañaba.

A la mañana siguiente, ya podemos figurarnos cual seria su desconuelo al ver ocupados los pasos de las montañas por densas filas de guerreros, que se estendian hasta donde la vista po-

dia penetrar en la espesura de la sierra, al mismo tiempo que en las laderas y alturas se descubria una multitud de enemigos, amontonados como gruesos nubarrones, prontos á descargar con furia sobre los acometedores. No era el terreno nada apropiado para las maniobras de la caballería, y sí muy ventajoso para los Peruanos, que desde sus alturas echaban á rodar grandes piedras sobre los Españoles, y les descargaban una espesa lluvia de proyectiles. Juan Pizarro no tuvo por conveniente empeñarse mas en este peligroso paso, y aunque dió muchas acometidas al enemigo y le arrolló con grande pérdida, á la segunda noche se encontró con sus hombres y caballos heridos y fatigados, y tan lejos de conseguir el objeto de su expedicion como la tarde precedente. Despues de gastar uno ó dos dias mas en hostilidades inútiles, le sorprendió en esta penosa situacion un aviso de su hermano, ordenándole volyer á toda prisa al Cuzco, porque le tenian sitiado los indígenas.

Emprendió al punto Juan la retirada, atravesó el valle, teatro poco antes de tal carnicería, pasó á nado el rio Yucay, y contramarchando rápidamente, aunque perseguido de cerca por el enemigo que celebraba su victoria con cantos ó mas bien alaridos de triunfo, dió vista á la capital antes de cerrar la noche.

Ofrecióse entonces á sus ojos un espectáculo

muy diverso de lo que pocos dias antes habia visto al salir de la ciudad. Ocupaba todos sus alrededores hasta donde alcanzaba la vista, un poderoso ejército, que por un cálculo arbitrario consideraron de doscientos mil hombres.<sup>5</sup> Las espesas hileras de los esenadrones indios se estendian hasta el pié mismo de las montañas, y por todos lados solo se descubrian las flotantes banderas y penachos de los comandantes, entremezclados con ricos estandartes de pluma, que recordaron á algunos que habian servido á las órdenes de Cortés, los trajes militares de los Aztecas. Sobre aquella multitud aparecia un bosque de lanzas y alabardas con puntas de cobre, que agitándose con estraña confusion relucian heridas por los últimos rayos del moribundo sol, como la luz que riela en un oscuro y tempestuoso océano. Era la primera vez que se presentaba á los ojos de los Españoles un ejército indio con todo su imponente aparato: un ejército como los que acostumbraban conducir los Incas á la batalla, cuando pasearon por toda aquella tierra los victoriosos estandartes del Sol.

Mas si aquel temible espectáculo pudo hacer vacilar por un momento los esforzados pechos

5 "Pues junta toda la gente mil indios de guerra los que vieron á poner este cerco." Pedro Pizarro, Descub. y Conq. indios dijeron fueron doscientos MS.

de los Castellanos, pronto cobraron nuevo valor, y estrechando sus filas se prepararon á abrirse paso por entre las huestes sitiadoras. Pero el enemigo parecia querer evitar un encuentro, y retirándose segun se acercaban, les dejó entrar sin estorbo á la capital. Acaso deseaban los Peruanos atraer á sus redes cuantas mas víctimas pudiesen, bien persuadidos de que mientras mayor fuera el número, mas pronto sucumbirian á los ataques del hambre. <sup>6</sup>

Mucho contento causó á Hernando Pizarro la llegada de su hermano, porque le traia un buen refuerzo para su escuadron, el que contando con los recién llegados, no tenia arriba de doscientos hombres, de á pié y de á caballo, <sup>7</sup> fuera de unos mil indios amigos; fuerza insignificante comparada con la inmensa multitud que les rodeaba. Pasaron la noche los Españoles en la mayor ansiedad, esperando con cierto temor natural la llegada del dia siguiente. A principios de Febrero de 1536 comenzó el sitio del Cuzco; sitio para siempre memorable por haber dado ocasion para las mas heroicas hazañas del valor indio y del europeo, y haber sido el choque mas sério ocurrido entre las dos razas en toda la conquista del Perú.

<sup>6</sup> Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.—Conq. i Pob. del Piru, MS.—Herrera, Hist. General, dec. 5, lib. 8, cap. 4.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. 133.

<sup>7</sup> “Y los pocos Españoles que éramos, aun no doscientos todos.” Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

La muchedumbre de enemigos no aparecia menos temible durante la noche que á la luz del dia. Esparcidas por valle y colinas se veian brillar sus luminarias, y en tanto número dice un testigo ocular, “como las estrellas del cielo en una noche serena.” <sup>8</sup> Antes que la luz del dia opacase la de estos fuegos, despertaba á los Españoles el desapacible estruendo de caracoles trompetas y atabales, mezclado con los feroces alaridos de los bárbaros, que disparaban al mismo tiempo descargas de proyectiles de toda especie. Muchos caian dentro de la ciudad sin hacer daño; pero otros lo hacian bastante grave, como eran las flechas encendidas, y piedras hechas ascua envueltas en algodón empapado en resina, que despues de describir una larga curva de fuego en el aire, caian sobre los techos de las casas y al punto los incendiaban. <sup>9</sup> Los techos, aun en los mejores edificios, eran todos de paja y prendian con tanta facilidad co-

<sup>8</sup> “Era tanta la gente que aqui vino que cubrian los campos, que de dia parecia un paño negro que los tenia tapados media legua al rededor desta ciudad del Cuzco. Pues de noche eran tantos los fuegos que no parecia sino un cielo muy sereno lleno de estrellas.” Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

<sup>9</sup> “Hacian un ardid que era tomar unas piedras redondas y

echallas en el fuego y hacellas ascuas; envolvianlas en unos algodones y poniéndolas en hondas las tiraban á las casas donde no alcanzaban á poner fuego con las manos, y así nos quemaban las casas sin entendedor: otras veces con flechas encendidas tirándolas á las casas, que como eran de paja luego se encendian.” Ibid., MS.



mo si fueran de yesca. En un momento brotaron llamas por todos los extremos de la ciudad, se apoderaron al punto del maderámen interior de los edificios, y se alzó hasta el cielo una columna de fuego envuelta en negras nubes de humo, iluminando todos los objetos con su horrible claridad. La rarificación de la atmósfera aumentó la fuerza del viento, y soplando este con violencia sobre el comenzado incendio le comunicó rápidamente de uno en otro edificio, hasta que la ciudad entera se convirtió en una masa de fuego, que agitada por la tempestad, oscilaba y rugía con toda la furia de un volcan. El calor era insufrible, y las densas nubes de humo que cubrían á la ciudad como un paño mortuario, sufocaban y casi cegaban á los que permanecían del lado hácia donde soplaba el viento.<sup>10</sup>

Los Españoles estaban acampados en la plaza principal, parte abrigados con sus toldos, y parte en el palacio del Inca Viracocha, colocado en el mismo sitio que despues ocupó la catedral. En el curso de aquel tremendo dia, prendió por tres veces el fuego en el techo del edificio; pe-

<sup>10</sup> "Era tanto el humo que casi les oviera de aogar i pasaron grand trabajo por esta causa y si no fuera porque de la una parte de la plaza no habia casas i estava descoronado no pudie-

ran escapar porque si por todas partes les dieran el humo y el calor siendo tan grande pasaron trabajo, pero la divina providencia lo estorvó." Conq. i Pob. del Piru, MS.

ro aunque no se puso empeño en apagarlo, las llamas se extinguieron por sí solas sin ocasionar daño grave. Atribuyóse este milagro á la Santísima Virgen, que varios campeones cristianos vieron claramente suspendida en el aire sobre el lugar en que despues habia de levantarse su templo.<sup>11</sup>

Por fortuna el espacio vacio que quedaba en derredor de la tropa de Hernando, lo separaba de la parte incendiada, y se defendia del fuego por un medio parecido al que emplea el cazador de América, que trata siempre de rodearse de una faja de tierra pelada, cuando sobreviene un incendio en las praderias. Todo el dia continuó el fuego sus estragos, y en la noche tomó un aspecto aterrador; porque á la luz de las lívidas llamas podian ver mutuamente los Españoles la consternacion pintada en sus pálidos semblantes, al mismo tiempo que en los suburbios se descubrian las huestes de los sitiadores cubriendo las laderas de los cerros y contemplando cou-

<sup>11</sup> Este templo fué dedicado á Nuestra Señora de la Asuncion. La aparicion de la Virgen no solo fué advertida por los cristianos sino tambien por los guerreros indios, muchos de los cuales lo refirieron así á Garcilaso de la Vega, en cuyas manos pocas veces pierde algo de su lustre lo maravilloso. (Com Real, Parte 2, lib. 2, cap. 25.) Lo confirma ademas el P. Acosta, que llegó al pais cuatro años despues de este suceso. (lib. 7, cap. 27.) Ambos autores dan testimonio del oportuno auxilio que prestó Santiago, quien embrazando su escudo con la insignia de su orden militar, y armado de su espada de fuego, metió su caballo blanco en lo mas peso de la pelea.